



DE UN DIARIO INTIMO

Por LUIS GONZALEZ OBREGON

Hoy abrí un arca vieja que fué de mi abuelita; de mi abuelita que murió hace muchos años, que en paz descanse, y que Dios ha de tener en su Santa Gloria.

El arca es de cedro rojo de la Habana, primorosamente tallado por uno de esos anónimos y olvidados artistas que hubo en México durante los siglos XVII y XVIII.

La chapa y la llave muy mohosas son también primores de arte, lo mismo que otros adornos metálicos que tiene en la parte exterior, sobre la tapa, al frente, en torno de la cerradura y en ambos lados; obra a la vez de cerrajeros de aquellos siglos, y cuyos nombres se borraron para siempre por la punible incuria con que vemos todo lo que es nuestro.

La tapa tiene un gran florón de botones y rosas que penden de las ramas en que están parados o volando, aves, mariposas, abejas y moscones; y en los ángulos, a derecha e izquierda, dos pavos reales que orgullosos abren los abanicos de sus plumas, pero con patas muy toscas y feas como son las de estos animales.

En el frente hay bustos de mujeres que llevan una especie de cauda como las sirenas, pero no de pescado, sino de guirnaldas; y en la chapa, la cabeza de un monstruoso dragón, cornudo, desmelenado y con los ojos abiertos y diabólicos. En uno y otro lado hay también hojas y flores con frutos maduros ya, esto es, racimos de uvas y manzanas. La parte superior del arca no está tallada, pero tiene cinchos mohosos y atornillados que aseguran las bisagras.

Al abrir el arca, con el respeto y cariño que me inspiran estas cosas, percibí desde luego cierto olorillo, mezcla de lináloe, alhucema y alcanfor, pero sobre todo, un olorillo peculiar de las cosas viejas.

¡Y cuántas cosas viejas guardaba mi abuelita en esta arca!

Libros místicos encuadernados con rugoso pergamino, novenas, tri-